

Felipe de Macedonia, aunque ambicioso hasta el extremo, no parece haber sido muy cruel; pero en recompensa fué engañador, pérfido é hipócrita. Su carácter fué el disimulo y el artificio. Las ciudades que no podía sujetar con el hierro, las reducía á su poder con el oro, corrompiendo con sus dádivas á los Magistrados, y á los principales ciudadanos. En fin, fué máxima suya, que á los niños se les entretiene con juguetes, y á los hombres con juramentos.

Alejandro, heredero de la ambición de su padre, le dejó muy atrás en acciones crueles. Siendo de una vanidad sin límites, de un genio ardiente y precipitado, y entregándose frecuentemente á los excesos del vino, es necesario se haya dejado arrastrar de la fiereza. Así pasó á cuchillo á los numerosos habitantes de la ilustre Tiro, sin haber perdonado á las mujeres ni á los niños, sólo por haber sufrido valerosamente un sitio de siete meses: quitó la vida á casi todos sus amigos, y á sus mejores oficiales. El lujo y el despotismo de los Persas, que afectaba, corrompió del todo su corazón; y el furor de ser colocado entre los dioses, le hizo mirar con desprecio á los soldados, á quienes debía todas sus conquistas. Feliz por haber muerto en la flor de su edad: si hubiera gozado larga vida, su nombre acaso hubiera sido infame para la posteridad. Tanto habían transformado su espíritu la dominación y las conquistas.

Los Lacedemonios, pueblo por otra parte adornado de excelentes cualidades, austero, parco, valeroso, se deshonraron á sí y á la humanidad, cuando contra la voluntad de su legislador se entregaron á la conquista. Habiendo sojuzgado á los Helotes, los trataban, dice un historiador, M. Millot, menos como á hombres que como á bestias. No solamente los emborrachaban para inspirar á los niños el horror de la embriaguez y de la intemperancia, sino que también ponían en emboscadas á los individuos jóvenes para matarlos. En fin, todo Helote, distinguido por su estatura ó por su cara, era irremediabilmente destinado á perecer.

No es necesario hacer la pintura de los Cartagineses. Su deslealtad y perfidia fue tal, que llegó á pasar á proverbio *la fe púnica*. Si hemos de creer á los historiadores romanos, Anibal fue un hombre sumamente cruel, de una perfidia más que cartaginesa, sin respeto á la santidad del juramento y sin religión. Asdrúbal fue un General inhumano para con sus enemigos, y traidor á sus mismos soldados.

No negaré que los Romanos han sido uno de los pueblos conquistadores más moderados, ó por mejor decir, menos injustos. No era entre ellos común aquella crueldad bárbara, que fué general en los demás conquistadores; y tal vez se hallaron en aquella república capitanes que, presentándoles algunos traidores la oportunidad de apoderarse de sus enemigos, despreciaron generosamente las ofertas, avergonzándose de vencer por tan ruin medio. Un carácter de justicia en las formalidades de la guerra, de nobleza en los medios de emprenderla, y de moderación al conseguir las victorias, dio á este ilustre pueblo mucho honor, á lo menos en sus primeros siglos. A pesar de todo esto, ciertas acciones inhumanas han obscurecido y afeado su memoria. ¡Qué espectáculo el de los triunfos, por los que tanto anhelaban los Romanos! ¡Qué gusto tan inhumano! ¡Qué placer tan bárbaro! Soldados valerosos, oficiales de mérito, generales de ejército, Príncipes, Reyes, Reinas afligidas, hijos tiernos é inocentes, iban atados delante del soberbio carro del vencedor. Se les conducía después á la prisión, en donde, ó se les quitaba la vida, ó lo que es todavía mayor desgracia, permanecían siempre aherrojados. Por otra parte, dado que el Senado y pueblo Romano tuvieron más moderación que otras naciones, ¿cuántas injusticias, cuántas maldades no ejecutaron aquellos capitanes á quienes fiaron las conquistas? Sin detenernos en las violencias cometidas en los Galias, en la Macedonia, en el Egipto, en el Asia, acordémosnos solamente de lo que sucedió en la conquista de Espa-

ña. El ánimo se horroriza al contar la bárbara crueldad con que Lúculo hizo pasar á cuchillo á los de Caucia, cuando más descuidados estaban en fe de la capitulación, que habían hecho con el mismo Cónsul. La acción igualmente pérfida y cruel ejecutada por Sergio Galba con ciertos pueblos de Lusitania; la alevosa muerte de Viriato hecha á influjo del Cónsul Servilio; la paz ajustada con Numancia por Cayo Mancino, y no cumplida por los Romanos; la destrucción de esta célebre ciudad, sin que hubiese dado motivo alguno, y sólo por haber hecho un acto de humanidad con los Segedanos sus vecinos, prueban bastantemente cuál fué la conducta romana, cuántas sus violencias, y que el ser alabado este pueblo en sus conquistas, no es porque no haya usado la disimulación y la perfidia, sino porque otros conquistadores le han excedido mucho en medios tan iníquos. Sábase además, con qué tiranía fué conservada la Península ibérica bajo la dominación romana, y los robos, extorsiones y violencias, que ejecutaron los Gobernadores de ella. Las continuas rebeliones de los pueblos, las quejas frecuentes llevadas al Senado Romano, las muertes multiplicadas de los Pretores y los Procónsules, eran un efecto necesario de las vejaciones que sufrían y de la tiranía con que se les trataba. Tal era la situación en que se hallaban bajo el Imperio Romano, que en el siglo quinto tuvieron por menor infelicidad sujetarse al torrente de bárbaros Silingos, Alanos, Godos y Suevos, que inundó la Europa.

Admira que estas naciones venidas de los países del Norte, dotadas de un natural bárbaro y de unas costumbres fieras, hayan sabido no obstante templarse de algún modo en medio de las victorias, é imponer á los vencidos un yugo menos duro. Pero se debe notar, que no era la ambición de las conquistas, sino la necesidad de buscar suelo donde establecerse, la causa que las movió á derramarse por los dominios del Imperio Romano. Tan cierto es que esta ambi-

ción hace á los hombres más fieros, que los pueblos más bárbaros y más incultos.

El encadenamiento de los hechos me obligó á pasar en silencio un conquistador que floreció al tiempo de la caída de la República Romana. Este es el famoso Odin, que habiendo venido de las costas orientales del Ponto Euxino, puso bajo el yugo la Rusia, la Sajonia, la Westfalia, el Kersoneso Címbrico, la Teonia, la Noruega y la Suecia. «Este  
« tirano, autor al mismo tiempo de una nueva religión, se  
« sirvió para sus conquistas de los dogmas más crueles y  
« sanguinarios: quiso que fuesen sagrados todos los instru-  
« mentos de la guerra; las picas, las espadas, las hachas:  
« Las obligaciones más religiosas se apoyaron sobre estas  
« armas. Una lanza plantada en medio del campo llamaba  
« á la oración y á los sacrificios. El mismo Odin fué la  
« primera deidad de estas regiones, donde las rocas y  
« los bosques estaban teñidos y consagrados con la sangre  
« de los hombres. Sus sectarios creían honrarle llamán-  
« dole el Dios de los ejércitos, el padre de la matanza, el  
« despoblador, el incendiario. Los guerreros cuando iban á  
« combatir, hacían voto de enviarle cierto número de al-  
« mas, que le dedicaban. Creíase universalmente, que este  
« dios se mostraba en las batallas, ya para proteger á los  
« que se defendían con valor, ya para herir aquellas dicho-  
« sas víctimas, que él destinaba á perecer. Ellas le seguían  
« á la mansión del cielo, el cual no se abría sino á los gue-  
« rrreros. Corriase á la muerte, al martirio para merecer es-  
« ta recompensa, la cual acababa de elevar hasta el entu-  
« siasmo, hasta una santa embriaguez de sangre la inclina-  
« ción de estos pueblos á la guerra.»

No me detendré en dar á conocer el carácter bárbaro y cruel de Atila. Su nombre no es menos conocido, que de-  
testada su memoria. Acostumbraba decir él mismo que era  
el azote de Dios y el martillo del Universo, y que la tierra  
temblaba y las estrellas caían en su presencia. Bajo estas

ideas se hacía servir de príncipes cautivos como de esclavos: los que se le resistían eran víctimas de su furor: todo en fin, lo desolaba, todo lo entregaba al fuego, y la hierba misma de los campos se secaba bajo sus plantas.

El Cristianismo esparciendo luces sobre la superficie de la tierra, ha venido á destruir estos hechos bárbaros y á substituir á las máximas de fiereza, sentimientos dulces de humanidad. Así se vieron pueblos salvajes, feroces, carnívoros, cambiados de repente, habiendo recibido la Religión de Jesucristo, en naciones sociables y humanas. A pesar de todo esto, los conquistadores han permanecido siempre fieros: tal es el placer de sojuzgar aquellos á quienes la naturaleza hizo iguales, que despojando al hombre de los sentimientos que ella le inspira, no permite tengan lugar en él las impresiones de la Religión misma. Así vemos á Clodoveo, no obstante el inestimable don del Cristianismo, ejercer crueldades bárbaras con los príncipes sus parientes. Cariso rey de los Morinos, Ranacario, rey de Cambray, Sigiberto rey de Colonia, Renomerto rey de Mans, fueron las desgraciadas víctimas de su ambición sanguinaria. Vemos igualmente á Dagoberto manchar sus ilustres victorias con terribles crueldades. En medio de esto los vemos fundar iglesias y monasterios, persuadidos acaso que las leyes divinas, como las de los bárbaros, remitían á precio de dinero todos los crímenes.

Por los tiempos que los Francos se establecieron en las Galias, los Vándalos se apoderaron del Africa. Genserico, llamado por el Conde Bonifacio, después de haber arruinado casi todas las ciudades, destruído las iglesias, arrojado de ellas á sus obispos, y hecho una infinidad de mártires, pasó á Roma, la que permitió saqueasen sus soldados con un furor inaudito. Afianzado en el imperio del Africa, se hizo temible á toda Europa. Devastó con sus flotas la Sicilia, la Cerdeña, la España, la Dalmacia. Los Lombardos no fueron menos funestos á la Italia. Capitaneados de Alboino, saquea-

ron las iglesias, mataron los obispos, arruinaron las ciudades, exterminaron los pueblos.

Los Sajones llamados por los Bretones para que los defendiesen de las vejaciones que recibían de los Pictos, se apoderaron infamemente de la libertad de los mismos, á cuyo socorro habían venido. Los Dinamarqueses y los Noruegos, conocidos bajo el nombre de Normandos, comenzaron primero con sus piraterías á infestar los mares y las costas de Escocia, de Irlanda, de Inglaterra, de Flandes, de Francia, y aun las de España, de Italia y de la Grecia. Penetraron después muchas veces en lo interior de estas vastas regiones, y se atrevieron á emprender la conquista de la Normandía y de la Inglaterra, y á establecer un reino en la Sicilia. No se pueden contemplar sin horror las destrucciones que hicieron; las crueldades en que se emplearon, y los incendios con que abasaron por espacio de un siglo los más hermosos campos y las más bellas poblaciones de Europa. No perdonaron ni á los obispos, ni á los reyes, ni aun á las reliquias de los Santos. Entretanto que los Sarracenos entraban por el Mediterráneo en Italia, haciendo cautivos, apoderándose de plazas, y robando hasta el mismo tesoro del monte Casino, estos bárbaros entrando por el Océano, penetraron hasta París mismo, quemando las iglesias, con los presbíteros y los clérigos, y quitando la vida á los monjes al pie mismo de los altares.

El reino de los Lombardos fué destruído por Carlo Magno, que justamente mereció este nombre; príncipe benemérito de la Religión y de la Iglesia, protector de las letras, amante de sus vasallos, gran soldado, gran político. Pero fue conquistador y era consiguiente que fuese cruel. Se vengó inhumanamente de los Sajones con la mantanza de Verdum, é hizo cortar la cabeza á cuatro mil y quinientos de los principales partidarios de Witikind su general. Así un escritor francés no duda asegurar, que algunas veces fué un vencedor sanguinario, y un perseguidor tirano, aunque por otra

parte le hace la justicia de creerle digno de ser colocado en la historia al lado de los mayores hombres.

De intento he querido pasar en silencio á Mahoma, y á los célebres generales sarracenos, cuyas asombrosas conquistas detuvo Carlo Magno, después que hubieron penetrado desde la Arabia hasta los confines de España. Porque ¿quién ignora, que este impostor ambicioso inventó una religión para autorizar la crueldad y justificar el despotismo? ¿Y qué se podía esperar de unos dogmas tan bárbaros, que se afianzan solo con la espada y con el fuego? No es, pues, extraño, que imbuidos en estos dogmas los Califas, se hayan abandonado á tantos excesos de crueldad. No es maravilla, que habiendo recibido esta religión las naciones venidas del Turquestán; hayan producido los Acmetes, los Amurates, los Solimanes, los Selines, los Bayacetos, los Mustafás y otros conquistadores, que no se han deleitado menos en matar hombres, que pudo Domiciano haberse entretenido en cazar moscas. No es, en fin, de admirar, que el Alejandro de su siglo, Tamás-Koulikán, siguiendo la secta de Alí, haya esparcido la desolación en todos aquellos lugares en donde hizo sentir el terror de su brazo. Por el contrario, lo que nos debe causar maravilla es que una religión como esta haya tenido un Saladino, príncipe que dejó los más ilustres ejemplos de justicia, de moderación y de beneficencia, y que acaso deberá proponerse como modelo á los conquistadores. No culpemos, pues, á Omar por haber quemado la célebre biblioteca de Alejandría, haciéndola servir para calentar cuatro mil baños por espacio de seis meses: no nos horroricemos de Mahometo II al verle cortar á sangre fría por su misma mano la cabeza de un esclavo para dar á un pintor lecciones de su arte. No vituperemos, en fin, á los sultanes, al ver que en la toma de las ciudades se destinan para sus torpezas las doncellas y jóvenes más hermosas. Culpemos más bien á esta religión, que hace de los hombres monstruos y de los príncipes fieras.

Guillermo, llamado el Conquistador, al paso que es aplaudido por haber dado gloria á la nación inglesa, hasta entonces desconocida, es igualmente vituperado por la crueldad de su condición y la dureza de su carácter: Cincuenta mil hombres muertos en la batalla de Hastings, ganada contra Harold, á quien los ingleses habían deferido la corona, fueron el preludio de la severidad, y aun de la tiranía con que los gobernó. Anuló sus privilegios, despojolos de sus bienes, apropiándose los á sí, ó remunerando con ellos á los que le habían ayudado á vencer: dioles no solamente otras leyes, sino aun otra lengua. Gobernolos, en una palabra, más con la espada que con el cetro. Retirado á Normandía con el fin de restablecer su salud quebrantada, se vengó bárbaramente de una chanza, que había proferido acerca de él Felipe I rey de Francia, asolando el Vexin francés, quemando á Nantes, y destruyendo cuanto encontró en su marcha hasta París.

La Tartaria ha producido héroes no menos valerosos que otros países de Europa; pero mucho más fieros y más bárbaros. Genghiskan, el Conquistador, que sujetó más provincias que otro alguno jamás, habiendo tenido bajo su imperio mil y ochocientas leguas de Oriente á Poniente, y mil de Norte á Mediodía, apenas hizo otra cosa que destruir ciudades, y cubrir de cadáveres los campos. Tamerlán, otro héroe de la misma nación, fue un prodigio de valor y un monstruo de fiereza. En el saqueo de Bagdad hizo perecer más de ochocientos mil habitantes: en la toma de Arcingua mandó pasar á cuchillo á soldados y moradores: habiéndosele resistido la ciudad de Sebastes la abandonó al furor de sus tropas, ordenando que fuesen traídos á su presencia los principales ciudadanos para matarlos de un modo más cruel, pues hizo echarlos atadas las cabezas á los muslos en un profundo hoyo, y cerrarle después, para que pereciesen de esta manera.

He representado, por decirlo así, en un solo lienzo el ca-

rácter de los más célebres conquistadores del Africa de la Europa y del Asia. Restaría ahora formar la pintura de los de México y del Perú, para que los imparciales pudiesen compararla una con la otra y decidir sobre la crueldad que á éstos se atribuye. Pero me excusa esta diligencia la notable circunstancia de no haber encontrado en todas las obras, así impresas como manuscritas que he consultado, documento alguno referente á crueldades ejercidas por los conquistadores de Zacatecas ó por sus sucesores: y antes bien, por todas partes he tenido que detenerme á contemplar las huellas de la humanidad de que usaron siempre, para con los naturales, los soberanos españoles, dando con esto una prueba inconcusa de que las vejaciones que acaso tuvieron aquellos que sufrir, no fueron obra de la hidalga nación española ni de su religiosísimo gobierno, sino que si tal vez excedieron algunos los términos que prescribe la humanidad y la justicia, esas fueron culpas de algunos hombres en particular; y las acciones malas ó buenas de pocos individuos no caracterizan á toda una nación.

En fin, mírese la cosa con ojos desapasionados; y si se hallare que los vencedores de los americanos llevaron la fiereza y crueldad más allá de lo que lo ejecutaron los más aplaudidos conquistadores, detéstese en buena hora su memoria, y sea execrado su nombre de los presentes y venideros. Mas si hallándose en unos países tan apartados y distantes, si guerreando con unos pueblos tan bárbaros que sacrificaban, que comían, que quemaban á los prisioneros, por lo común se portaron con humanidad hacia ellos, y sólo una ú otra vez usaron de excesivo rigor: merecen alabanza por su moderación, y deben condenarse á la fragilidad humana, atendidas las circunstancias, aquellas demasías á que tal vez se deslizaron. Declamar desentonadamente contra aquella noble nación é insultarla con semejante pretexto, al mismo tiempo que se celebran ó callan las atrocidades de otros conquistadores, es muy ageno de la imparcialidad filosófica,

y más parece envidia, ó prurito de satirizar, que celo de la humanidad; mereciendo además el nombre de ingratitude desnaturalizada cuando esos insultos proceden de descendientes de español ó de los que hablan la hermosa lengua de Castilla como lengua materna y nacional.

Los dos monarcas que reinaban al tiempo del descubrimiento, Fernando de Aragón é Isabel de Castilla, fueron tales, que el mundo todo no puede mostrar otros superiores, ni iguales á ellos. Apenas se descubrió el Nuevo Mundo, dieron las pruebas más evidentes de haberlo buscado y emprendido su conquista para sujetarlo al suave reino de Jesucristo. El primer oro que se les presentó, en vez de hacerlo brillar en su corona, lo pusieron á los pies del Redentor. Su pensamiento y cuidado principal, no fué enviar negociantes, ó soldados armados, como lo hicieron otras naciones, sino doce sacerdotes, que fueron como los doce apóstoles del nuevo mundo. Ni es menester traer otros ejemplos de la ternura de Isabel á quien justamente se la puede llamar «la madre de los indios.» Los mismos contrarios confiesan no haberse cometido crueldades mientras ella vivió. Las Casas fija la época de la destrucción á la muerte de la reina. Fernando aunque por todo título era esposo dignísimo de aquella admirable reina, aun lo fue más particularmente por haber sido el protector de los indios. Sin alegar aquí otras infinitas pruebas, basta insinuar la conducta y las órdenes con que procuró enmendar las violencias ó los errores de Colón. Sirva este cotejo para que se descubra la injusticia de Robertson en deprimir al rey católico en comparación de aquel almirante. Este héroe celebrado por Raynal como el más humano, y ensalzado sobre todos por Robertson, y hoy generalmente aplaudido en todo el mundo civilizado, fue más ciertamente el autor de la opresión del nuevo mundo, que de su descubrimiento. Después de una sangrienta batalla, que dio á los indios, tuvo la amabilidad de llevarse consigo unos trescientos y repartirlos entre sus amigos como

quien regala muñecos de Tonalá. Fue público y notorio el desagrado que mostraron los Reyes Católicos por esta violencia. Mandó la reina que á costa del mismo Colón, fuesen los indios restituidos á su estado natural: y después Fernando prohibió que nadie pudiese sacar á los americanos de sus tierras y llevarlos á Europa, aun consintiéndolo ellos mismos. Fue también Colón el primero que gravó á los indios con un excesivo tributo, que impuso á todos los habitantes de la Isla Española de catorce años arriba. Exigía con el mayor rigor, que los nacionales de ciertos distritos todos los meses llenasen de oro el hueco de un cascabel, y que los de otros parajes diesen veinte y cinco libras de algodón. De aquí provino, que en breve pereció infelizmente la tercera parte de los naturales. Ni aun en las historias de nuestros contrarios se hace mención de que otro gobernador alguno haya ocasionado una tan enorme y rápida depoblación. El historiador escocés, que hemos citado dice en favor de Colón, que su fin era recoger tanto oro, que verificase lo que él había prometido; y que un fin tal puede servir de disculpa. ¿Quién creería que este relajado moralista, y benigno disculpador de las acciones de Colón, fuese el mismo teólogo rigorista, y áspero censor, que reprende con la mayor severidad las acciones de Hernán Cortés y de otros héroes españoles, sin admitir esta, ni otras justas excusas? La humanidad de Fernando era de otro carácter. Reconocía la obligación que tenía á Colón como descubridor del nuevo mundo; pero nunca creyó que debía cumplir una promesa, ó premiar un mérito con la ruina de inmensas tierras y de sus nuevos vasallos: y no queriendo sacrificar toda la Isla Española, ó la América al interés personal de un almirante, desaprobó sus violencias, quitóle el mando, y lo confió á un gobernador, que fuese más moderado. En su tercer viaje inventó Colón, é introdujo entre los españoles aquellos repartimientos de tierras y de indios como esclavos destinados á cultivar aquellos distritos en provecho de los nue-

vos señores. Pero Fernando nunca dio el sello de su autoridad á tales repartimientos. En el año de 1502 llevó Don Nicolás Ovando nuevas instrucciones de la Corte; y en virtud de ellas publicó, que los indios eran vasallos libres de España, *de los cuales no se exigiria servicio alguno contra su voluntad y sin pagarles cumplidamente su trabajo*. No es más explícito el precepto constitucional de 1857 que prohíbe á todo ciudadano mexicano prestar servicio alguno personal sin percibir la congrua remuneración. ¿Qué diré de los proyectos de Colón sobre el modo de conservar los españoles sus colonias, cuando se halló que faltaban brazos para cultivar las tierras? Propuso el plan de enviar y establecer en América á los reos de los delitos capitales menos atroces, y destinar á las minas los sentenciados á galeras. Tales heces de las cárceles fueron una masa de corrupción, que por necesidad había de inficionar las colonias, y producir las más fatales consecuencias. Mas Fernando, sin dejarse llevar de las ideas de un proyecto tan descabellado, abandonó este al percibir sus funestos efectos, creó y fundó los establecimientos más útiles, muchos de los cuales aun subsisten gloriosamente, y por los cuales se mantuvo el buen orden en las colonias. Fio á los tribunales más sabios é incorruptibles la administración de la justicia civil y criminal. Erigió en la Corte el Consejo de las Indias, como el tribunal supremo del nuevo mundo. (1524) Abrió en Sevilla la Casa de Contratación, que arreglase el comercio: (7 de Febrero de 1502) más, sobre todo, atendió á la Religión. Puede llamársele el apóstol de la América. Envió misioneros á todas partes: fundó iglesias en todos los nuevos países, nombró obispos y arzobispos: erigió Beneficios: proveyó con la mayor liberalidad al decoro del culto divino, y al sustento de los ministros sagrados; y desde sus principios logró que la Iglesia de América no cediese á otra alguna en esplendor y magnificencia. A vista de todo esto, ¿quién habrá que no forme de Colón y de Fernando una idea totalmente diversa

de la que de ambos nos presenta Robertson? ¿Quién dejará de conocer, que la administración de Colón fue una de las menos prudentes, y uno de los gobiernos más desgraciados; y al contrario, el reinado de Fernando uno de los más sabios y más felices? ¿Quién, en fin, no mira por una parte á Colón como el inventor, ó el introductor de las guerras, de los impuestos y de los repartimientos, ó como el primer opresor de la América; y por la otra á Fernando como el fundador de todos los establecimientos útiles, y principal protector del nuevo mundo? Confieso que he tenido que hacer fuerza á mi genio, para moverme á escribir estos hechos contra un hombre de tanto mérito como fué Colón, al cual amo como á un hermano nuestro; á quien vió la España vertido con el tosco sayal franciscano y ceñida la cuerda á la cintura, al regresar de su segundo viaje á las Indias, y con quién por mil títulos, la Orden de los Menores, que tanto amo, reparte la gloria del descubrimiento del nuevo mundo, siendo para mí gratisimo, á fuer de Religioso franciscano, el recuerdo de aquel nuestro humilde convento de la Rábida, en cuya celda colombina, por fortuna todavía subsistente, se celebraron aquellas conferencias entre Colón y los Padres Fr. Juan Pérez y Fr. Antonio de Marchena, de cuya discusión brotó una luz que, proyectándose á través de los mares, iluminó la mitad del globo hasta entonces desconocida. Sin embargo, aunque estoy dispuesto á disculpar á muchos españoles, me he visto obligado á acusar solamente á Colón, no porque quiera justificar absolutamente la excomunión, que según testifican los escritores españoles, y también los italianos más fidedignos, se fulminó contra él por haber maltratado á los indios, y mucho menos porque yo me alegre de las cadenas, que acaso él mismo se fabricó con su mal proceder, y fatal proyecto, sino á fin de que se vea la falsedad ó temeridad del historiador escocés, el cual en su primer tomo pintó á Colón como el héroe mayor que los siglos produjeran, y á Fernando respecto de Colón como un

rey *celoso, ruín é interesado*, y de ningún miramiento hacía los indios. Si no me hubiera sido necesario desvanecer la falsa idea de este autor, hubiera creído que hacía injuria al Rey Católico en querer compararlo con aquel piloto; pareciéndome esto lo mismo que igualar la dirección de una nave al gobierno de dos mundos.

Pero volviendo á nuestro propósito, Fernando también logró una vida muy corta para poder ejecutar en favor de la América sus piadosas ideas. Mas al tiempo de morir dejó á sus sucesores como en herencia su corazón y la ternura hacia los indios. Sería cosa prolija ir demostrando, que todos y cada uno de los reyes católicos se condujeron como ángeles tutelares de los indios. Bastará ver aquí la conducta de la Corte, y referir algunas de las leyes que se promulgaron.

En las Indias había mayor facilidad que en parte alguna para reducir á esclavitud á innumerables indios. Sin embargo, los españoles á ninguno de ellos hacen esclavo, estando esto prohibido severamente por las leyes del reino. La Corte en todo tiempo fué celosísima de la libertad de aquellos vasallos. En los primeros años de la conquista, dos cosas principalmente contribuyeron á obscurecer la justa idea, y á impedir la práctica constante de lo que se debía á los indios súbditos de la Corona; esto es, la subsistencia de los españoles, y la cortedad de talentos, que se observaba en los indios. A causa de la calidad de los nuevos países, de la indolencia y del horror de los naturales á todo género de trabajo, que aun hoy día subsiste, los conquistadores desde los primeros días de su entrada en la Isla Española, se hallaron en la extrema necesidad, ó de gravar á los pobres americanos, ó de perecer ellos mismos de miseria. En esta crítica situación sucedió en nuestras colonias lo que hubiera acaecido también en una nación compuesta de los hombres más santos del mundo. Por muy justos y moderados que fuésen los pobladores, al fin eran hombres, y no